

Capítulo 5.

La crisis, el dolor de la debilidad de sus hijos, el resurgimiento.

1967-1973

Al iniciarse este período se realiza la Asamblea Nacional que deja conformada la nueva Junta Central. Francisco Guido es nombrado Presidente, cargo al que renunciará tiempo después al ser nombrado Ministro de Bienestar Social de la Provincia de Buenos Aires, siendo reemplazado por Wenceslao Caballero, por entonces Vicepresidente 1°. Los acompañaron Emilia Guastavino de Pacual; Alejandro Madero (padre); Beatriz Buzzetti; Carlos Plastino y el Dr Eduardo Zubizarreta. Son designados asesores eclesiásticos Mons. Eduardo Pironio, Mons. Manuel Moledo y el Padre José Erro.

El trienio 1967-1970 fue particularmente difícil, en consonancia con los momentos que vivía toda la Iglesia. Se tenían ideas dispares en torno a la concepción misma de la Institución, de su naturaleza y fines. En particular los sectores especializados como la JEC, la JUC o el Movimiento Rural aspiran a un mayor compromiso social y político. El proceso de radicalización vivido en ellos produjo un doble efecto: la Institución (como la Iglesia) no supo como canalizar estas inquietudes y fue cercenando esas manifestaciones. También fueron las opciones de esos dirigentes y militantes las que en algunos casos los fueron apartando de su camino¹.

En 1968 se reúne en Medellín (Colombia) la segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Los pastores quisieron iluminar desde la propuesta teológica y pastoral del Concilio la realidad latinoamericana, denunciando con particular énfasis las situaciones de injusticia y pobreza que impedían un adecuado desarrollo de nuestros pueblos y el neocolonialismo externo.

Respecto al apostolado organizado de los laicos, propiciaba promover “con especial énfasis y urgencia la creación de equipos apostólicos o de movimientos de laicos en los ambientes o estructuras funcionales donde se elabora y decide en gran parte, el proceso de liberación y humanización de la sociedad a que pertenece” (X.13). Respecto a “los movimientos de apostolado laical, situados en el plano de una más estrecha relación con la Jerarquía, que tanto han contribuido a la acción de la Iglesia, siguen teniendo vigencia como apostolado organizado. Han de ser, por lo tanto, promovidos; evitando, sin embargo, ir “más allá del límite de vida útil de asociaciones y métodos anticuados” (AA19)” (X.16). La crisis del modelo tradicional de la acción católica (y en cierto modo su cuestionamiento) se deja entrever en estos textos.

¹ Como ejemplo de esa radicalización, del grupo de la JEC del colegio Nacional Buenos Aires (cuyo asesor era Carlos Mujica) Mario Firmenich, Carlos Ramus y Fernando Abal Medina crearon en 1967 la agrupación Montoneros. Curioso arco ideológico, que del nacionalismo católico terminó con el tiempo en el peronismo revolucionario de izquierda.



No podemos obviar ante este periodo, el análisis de una realidad, que se vivió en el seno de la Institución y que forma parte de la historia argentina.

La Juventud de Estudiantes Secundarios y la Juventud de Universitaria de Acción Católica, que tanto habían crecido y trabajado en la formación de las jóvenes generaciones, viven horas difíciles, que la llevarán a su disolución. Estos movimientos de la Acción Católica atravesaban una seria crisis de identidad, divididos en sus posiciones internas, dada una creciente corriente de politización de la juventud, especialmente universitaria y secundaria, en el contexto propio de la época, que acabamos de citar.

Cabe recordar que un nuevo golpe militar se había producido en la Argentina y se gestaba en Francia especialmente, lo que terminaría llamándose el “Mayo francés”, donde la juventud universitaria genera un movimiento de cuestionamiento al sistema y al poder.

Con el objetivo de entender los acontecimientos vividos y que forman parte de los libros de historia argentina, entrevistamos a algunos protagonistas de la época.

La experiencia de **Eneas Pampliegas** y su relación con la AC se remonta en su época de adolescente, cuando conoció al Padre Iriarte, y un amigo lo dejó en reemplazo del centro de AC de los estudiantes del Colegio Nacional Buenos Aires, en el verano de 1952.

El Padre Iriarte, que era asesor, lo puso como secretario, y su responsabilidad empezó a acrecentarse, tenía sólo 15 años, cursaba el cuarto año del secundario y con gran sorpresa se convirtió en presidente de la Juventud Estudiantil Católica del Colegio Nacional Buenos Aires, hasta que culminó el sexto año.

Pampliegas es médico, y si bien su intención era especializarse en la medicina de la adolescencia, se diplomó en Salud Pública, dedicándose de lleno a esto el resto de su vida.

Hoy, a mucha distancia de su dirigencia juvenil opina que: *“El Padre Iriarte fue un gran promotor y defensor del trabajo apostólico en los lugares donde cada uno se desempeñaba, y realmente supo movilizar a los jóvenes, pero parece que ese espíritu en los años posteriores desapareció, lo que habla claramente de una resignación por parte de la AC de su misión de apostolado en el lugar donde está la gente, que no es sólo la parroquia”*.

Consultado acerca de su visión de por qué se perdió esta misión en aquel periodo expresa:

“Yo creo que fueron problemas de identidad de nuestros obispos que no entendieron que el lugar del apostolado es donde uno está, y la JEC se fue diluyendo porque faltó la comprensión de esto.

Tuvimos todo el apoyo del cardenal Copello y del cardenal Caggiano. Había Consejo JEC en Rosario, en La Plata, pero otros obispos no estaban muy de acuerdo. Algunos nos daban apoyo a las cosas que hacíamos, pero no a la estructura formal de la JEC, como Mons. Tortolo.

Nosotros trabajamos y peleamos mucho por la JEC; en conseguir asesores para los centros de Buenos Aires, y para que se creara en el resto de las diócesis.

Los dirigentes de JEC que terminaban el colegio, seguían un tiempo dando apoyo y participando en el Consejo, y trabajando con el grupo, porque no había suficientes curas en los colegios estatales. Pero en los privados era otra historia; llegamos a tener 60 centros y nuestra misión era detectar quienes eran de la AC parroquial y estaban en ese colegio, para convocarlos a la acción.”

*“Pero las cosas cambiaron cuando el Padre Iriarte dejó de ser asesor y vino el Padre **Alberto Carbone** a partir del año 61...Porque él pensaba que la JEC debía ser dirigida por los mismos chicos que todavía eran estudiantes secundarios, y los que terminábamos el colegio debíamos dejar. De esta manera la JEC se hizo muy independiente, y esa independencia costó muy cara.*

*Los grupos empezaron a manejarse autónomamente y gran parte de la estructura de la JEC fue base del nacimiento de los Montoneros. **Mario Firmenich** fue presidente del centro Catedral y de la JEC como lo había sido yo; hasta que un día el Consejo rompió con los obispos, y producida esa ruptura, el grupo tomó un rumbo político. Ya estábamos cerca de los años 70.*

Este grupo fue un germen de una cosa muy importante, con muchos desvíos pero con muchas explicaciones, y tal vez la Iglesia no supo contener a este grupo que nació en el seno de la Acción Católica y en la militancia católica, y que luego terminó desviándose a otras cosas. A lo mejor había que acompañar la militancia de otra manera”.

Le consultamos acerca de si él creía que los asesores de esa época ayudaron a estos movimientos, a lo que nos respondió: *“No puedo decirlo, pero no creo que el Padre Carbone que era un hombre de hablar tranquilo, los haya incitado a la violencia; pero su prédica en cuanto a la militancia y el dejar tomar decisiones a chicos cada vez más jóvenes, creo que alentó a que se formen solos, en una época en que la Argentina vivía unos momentos muy difíciles, con una estructura política y social muy complicada.*

Yo no sé en qué términos se hablaba en las reuniones después del año 61, porque yo ya no estaba. Creo que el esfuerzo que hizo la Iglesia a través de gente como Mons. Zazpe, y los muchos curas que tomaron la asesoría de grupos JEC, en los colegios estatales de aquellos años, fue un sembrar a manos llenas, y ésta tarea, tal vez por el susto de lo que pasó, la pelea con el Episcopado, y el desentendimiento con el Padre Carbone, ayudó a convertir a la JEC en la nada”



Consultamos también al padre Carbone, asesor de la JEC de aquel momento que nos testimonió su visión de la época en este reportaje.

El Padre Alberto Carbone, tiene 82 años, y dice que por ahora “el chasis le funciona bien”. Usa jeans, y desde que es sacerdote, llevó una vida muy agitada. Perteneció al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y siempre se lo relacionó con Mario Firmenich (ex jefe de los Montoneros) y con el secuestro del General Pedro Aramburu, en mayo de 1970, por lo que estuvo detenido injustamente.

Hoy, lejos de esa militancia y con una vida retirada del mundo mediático, aceptó dar esta entrevista para el libro de los 75 años de la ACA, en la cual habla de su paso por la Institución, de su asesoría en la JEC (Juventud Estudiantil Católica), de sus días en la cárcel, de su amistad con el Padre Carlos Mugica y el Cardenal Pironio, y de sus desentendimientos con la Iglesia de aquella época.

Sigue siendo muy crítico. Continúa su actividad pastoral en una capilla de Moreno donde vive, y desde donde se toma el tren todos los viernes hasta Liniers, para confesar en la Iglesia de San Cayetano.

Esta vez se tomó el subte para llegar a la sede de la ACA en Capital, y para contar cosas como estas: *“Vestirnos de civil fue una movida del movimiento de curitas, como un hecho cultural que es muy importante para nuestras barriadas. Habría que hacer dos pastorales, una para la clase media y otra para las clases populares, la que lamentablemente no es objeto especial de preocupación. Y digo esto, porque tengo 82 años y mi conciencia eclesial empieza a los 18, y por más que se hicieron documentos y planes pastorales, los objetivos no se consiguen. Porque nosotros queremos que la gente venga y no es así. Hay que ir a su encuentro, a escucharlos, a conocer cómo son sus vivencias de fe, y qué percepción tienen de la justicia y de la solidaridad. Y esto lo tenemos que hacer particularmente con los pobres de nuestro país.*

Nosotros no le damos bolilla a la devoción que ellos tienen por la Virgen; sus gestos reafirman la fe, por eso tocan las imágenes, son muy rezadores, solidarios y festivos.

Por eso la evangelización no debe centrarse en lo doctrinal, sino en lo evangélico, en la persona de Jesús. Para la clase media, que le gusta juntarse, reunirse, porque se encuentra sola, lo doctrinal está bien; pero para la gente del barrio que se encuentra en las fiestas populares, no tiene tanta urgencia. Muchísima gente viene de las provincias, su fe es fuerte. En todo caso es bueno enriquecerla a partir de sus devociones y cultura.

¿Cómo empieza su relación con la AC?

Encontré la estampita de mi oficialización, que fue el 1° de agosto de 1938, en el colegio Marista de Belgrano, cuando yo tenía 14 años, y en esa época la Acción Católica era muy fuerte. A los 15, pasé a ser delegado de Aspirantes, entre los que estaba Dalmiro Saenz. Y a los 17 años fui presidente del centro interno.

Después trabajé en el departamento Arquidiocesano de Aspirantes, con los que luego fueron, el Padre Vicente Zazpe, el Padre Lombardero, con Iriarte y Tello, toda muchachada de aquel tiempo. **(Se ríe pícaramente cuando los nombra).** Después ingresé a la facultad de ingeniería, pero cuando cumplí 22 años, me di cuenta que no tenía sentido seguir estudiando y elegí entrar al seminario. De los 16 seminaristas que había, 12 éramos de la AC, era un semillero. Ingresé

en la mañana del 11 de marzo del 46, y me ordené sacerdote el 19 de setiembre del 53. Ya cumplí 52 años de esta vocación.

¿Qué recuerdos tiene de su época de universitario?

En 1944 decretamos huelga general en la Capital, y como todo buen universitario había que ser antiperonista. Perón tenía la sede de la Secretaría de Trabajo frente a la Facultad de Ingeniería, (lo que sería hoy la Manzana de las Luces), desde ahí hicimos una emisora con altoparlantes y retrucábamos todas las cosas que decía Perón, por eso nos bajaron los parlantes a tiros.

Estando en la facultad empezamos a hacer los campamentos de la AC. El Concejo Superior nos llevaba con quien posteriormente sería el Padre Juan Vázquez, a los terrenos de Don Eduardo Goye en el Lago Moreno, en Bariloche. Fuimos en enero del 44, del 45 y del 46. Y continué yendo luego como sacerdote, cuando ya habíamos logrado superar las barreras que había para que uno pudiera participar como seminarista de los campamentos.

Siempre nos íbamos a los campamentos de la JAC del Consejo Arquidiocesano, en enero, porque eran muy lindos, muy interesantes, estaban muy bien organizados. Y mientras pude, hice de asesor en los que organizaba el Concejo Arquidiocesano, llevados por aquel buen hombre que fue Atilio Pessino, futuro organizador del actual "Campamento SAC", al cual sigo concurriendo. Lázari, organizaba la parte de aspirantes.

¿Y cómo llega a asesorar los grupos JEC?

Cuando era asesor del centro de AC de la Parroquia Inmaculada, en la cual fui teniente cura, me llamó un día Vicente Zazpe, que era asesor de la Federación de los estudiantes secundarios de AC, y me pidió que lo ayudara, porque el padre Canale dejaba la vice asesoría.

Me puse de acuerdo con mi cura párroco, el entonces Padre Tomè y empecé a trabajar en la JEC. Pero sucede que luego a Zazpe lo nombraron obispo, y en el año 59 se inaugura la quinta rama de la AC, que es la de los Profesionales, Universitarios y Secundarios, por lo que terminé siendo asesor nacional y arquidiocesano de profesionales y secundarios. Otro curita se ocupaba de los universitarios.

Estuvimos en las asambleas del 61-64-67 y yo siempre renovaba la asesoría, menos en el 67.

Recuerdo que hubo una puja muy grande cuando se quiso introducir en la vida de la AC parroquial, una línea de especialización de apostolado en los lugares de acción, parecido a lo que hacían la JEC y la JOC, (Juventud Obrera Católica). La propuesta era de una diferencia notable tanto en lo conceptual, como en lo estructural.

Nosotros ya teníamos una especialización en nuestra rama, que consistía en estar con los secundarios, y ofrecíamos nuestra experiencia, pero por otro lado estaban los que no querían cambiar la estructura.

Pero todo quedó en la nada y nosotros seguimos nuestro trabajo en los secundarios, trabajamos en cinco diócesis, y teníamos asesores para distintos colegios. El Padre Carlos Múgica tenía el colegio Buenos Aires, no me acuerdo quien estaba en el Carlos Pellegrini, pero lo más interesante era el trabajo en



los colegios oficiales. Porque en los centros internos de los colegios religiosos, el trabajo era más dificultoso; estos colegios son más exclusivos.

Así que asesoré la JEC desde el año 59 hasta el 67, cuando hubo asambleas y terminé, porque aparentemente no había un gusto especial por parte del Cardenal Caggiano, y de Mons. Manuel Menéndez, de que yo estuviera asesorando.

¿Por qué?

Por el tema ideológico, en el sentido en que nosotros los curas que asesorábamos a los estudiantes secundarios, íbamos un poco más allá. Veíamos una realidad muy clara que era el problema de la pobreza, de la dependencia, y es indudable que tanto Caggiano como Menéndez, no tenían una clara visión sobre el problema de los pobres y la opción preferencial por los pobres, que ahora se ha oficializado.

¿Y esa idea era la que ustedes bajaban a los estudiantes?

Sí, y con mucho cuidado.

El problema fundamental pasaba por lo que iban a decir los padres de los alumnos de los colegios religiosos, si nosotros proponíamos un cambio estructural en la sociedad que era que se contemplaran los derechos de la clase pobre y trabajadora. Nos iban a tildar de sacerdotes marxistas. Pero lo lamentable fue cuando Caggiano, en una conversación con el General Lanusse, refiriéndose a nosotros, los “padrecitos” de su diócesis, le dijo: “*Mi General, el marxismo ha entrado en la Iglesia*”.

Y claro, ese fue el problema, porque Caggiano no tenía una idea clara de lo que querían “los padrecitos”, del Tercer Mundo, en donde estaba yo.

Y tal es así, que para mí fue una cosa muy desagradable, porque cuando se armaron los grandes líos entre la Marina, el Ejército, la Aeronáutica, la Policía y el caso Aramburu, era lógico que la diócesis debía tomar alguna decisión respecto a “ese sacerdote” que era yo.

De todas maneras cuando estuve preso en Devoto, hice un escrito indicando mis pensamientos sobre los pobres y su defensa. Eso salió publicado y la Curia, a cargo de Mons. Aramburu, encargó a uno de los sacerdotes que hiciera un análisis de eso, pero tenía frases que después aparecieron todas en documentos de Juan Pablo II, como “la defensa a los pobres”, “la opción preferencial por los pobres”, “la opresión”. Y eso entonces, sonaba a marxista.

¿Por eso lo separan de la JEC?

No, lo narrado sucedió en el año 1970. En el año 67 no tenía la aprobación del Cardenal Caggiano para continuar en la AC y por lo tanto nombran a otro sacerdote, pero seguí, no como asesor oficial de la AC, sino como el que estaba allí.

En el 70, pertenecía a un movimiento chico de sacerdotes no apreciados por los obispos, y supuestamente yo era un corruptor de menores con mi mentalidad marxista, **(lo dice sarcásticamente como imitando a alguien)**, entonces ¿cuál era la pena que me correspondía para quedar bien con los militares?

Me impusieron no hacer declaraciones a los medios de comunicación, pero podía seguir enseñando catecismo, confesar, seguir corrompiendo...

¿Y qué pasó con los jóvenes que Ud. asesoraba?

Bueno, prácticamente deja de existir la JEC, en virtud de lo sucedido en el 70, con el caso Aramburu, porque sospecho que en voz baja se dijo: “suspéndase la JEC”. De hecho no hay más JEC.

¿Ud. se siente responsable de eso?

No, pero fue una lástima que hubiera terminado. Cuando los jueces del Tribunal, en el caso Aramburu, me juzgan, entienden que yo, como adulto, era el que formaba la mentalidad de los estudiantes. De hecho no fue así. A los jueces y a muchos eclesiásticos de aquel momento, les costaba comprender que en el medio estudiantil secundario, al menos en los colegios más importantes, había un gran debate sobre la realidad nacional.

Los muchachos eran muy autónomos en su formación, y en su mentalidad influían otros centros de pensamientos ajenos a la JEC. Todo esto influyó en sus decisiones personales. Para los otros, yo era un corruptor de mentalidades y por eso a los ideólogos había que matarlos.

¿Qué sintió cuando se dijo que de las filas de la JEC salió gente revolucionaria como Firmenich?

Bueno, también se habló de Fernando Abal Medina, que estuvo en la Delegación de Aspirantes Arquidiocesano, y de otros también, pero sucedió que estos muchachos mientras seguían en la JEC bajo el trabajo que nosotros hacíamos, también se sumaron a los grupos de Cristianismo y Revolución, por decisión de ellos. Lo cierto es que fueron alumnos de un colegio muy politizado como el Nacional Buenos Aires.

¿A Ud. no le molestó que lo vincularan con los Montoneros?

No. Porque teníamos un enemigo en común, un enemigo opresor que eran los militares, pero nos vinculábamos en el entender y no en el accionar.

Nosotros tuvimos simpatía con los Montoneros porque era un movimiento muy interesante cuyo objetivo primero era bajar al gobierno (militar) y empezar una vida normal. En esa vida normal era lógico que iban a salir a flote los movimientos populares, o sea el Peronismo.

Pero después, cuando los Montoneros de la mano de Firmenich, en el 74, lamentablemente se vuelcan a hacer alianzas con la FAR y se pasan al marxismo leninismo, nosotros los curitas, nos abrimos.

¿Se abrió a tiempo Padre, porque quedó involucrado en el secuestro y posterior asesinato del General Aramburu?

Bueno, eso fue en el año 1970. Según la Cámara que me juzgó, me correspondían dos años de prisión en suspenso, pero como estaba bajo arresto del Poder Ejecutivo Nacional, quedé preso. Pero mi abogado, el Dr. Domingo Mercante, realizó eficazmente los movimientos necesarios para que quedara



en libertad. Salí a los cinco meses de estar preso en la cárcel de Devoto. Esa fue mi primera vez, porque después estuve otra vez en prisión.

Cuando salí de la cárcel decidí quedarme en Buenos Aires, y viví en la casa del Clero en Capital, porque mi postura era dar la cara, mostrar el rostro y decir "aquí estoy". Así que celebraba misa los domingos en una parroquia de la calle Pinto y Av. del Tejar, pero seguía acompañando a los padrecitos que trabajaban en las villas. Nuestro movimiento tenía unos 300 sacerdotes, aunque el Ministro del Interior de aquella época, decía que éramos más, alrededor de 1200 en todo el país.

¿Nunca se enojó con Firmenich por lo que había hecho?

No. Él fue fuerte en la JEC de Buenos Aires, y también en el ámbito político. Pero no le pude decir: "te me escapaste de las manos", porque mientras estuvimos juntos, él tenía un pensamiento, pero lo que hizo después, ya no es responsabilidad mía.

¿Por qué vuelve a estar preso por segunda vez?

El gobierno militar se encontraba en crisis y a la Marina le vino bien el intento de copamiento armado en una unidad de Prefectura Naval en Zárate, que ocurrió el 3 de enero de 1972, a la madrugada. Dijeron que yo había estado allí, pusieron unos testigos falsos, ya que no había nadie que testificara que yo estaba durmiendo a esa hora. Y fui preso. Pero el juez, Dr. Ernesto Ure, tomó la decisión de demostrar paso a paso que no fue así, y la justicia militar tuvo que sobreseerme.

El día de mi arresto, me fueron a buscar a la casa del Clero, me pusieron esposas, me llevaron a la Prefectura, y de ahí en helicóptero a Zárate. Como si fuese una persona muy peligrosa, me custodiaban en vuelo con otro helicóptero, no fuera cosa que la gente de Montoneros viniera en mi rescate, como las películas de James Bond. Hasta esas cosas ridículas hacía la Marina.

En otra oportunidad me quisieron adjudicar un ataque al Hospital Fiorito. Me llevaron en celular entre 8 móviles y motocicletas, como para desviar a los montoneros; fue una cosa graciosísima (se ríe). En otras oportunidades, en once minutos llegamos desde los Tribunales a Devoto; yo la verdad me divertía con estas cosas.

Luego que el Dr. Ure dictaminó mi inocencia, el Cardenal Aramburu pidió que me dejaran en libertad porque sabía que yo no había hecho nada. Se fue a Devoto y me sacó, me llevó a la casa del abogado y se acabó, estuve preso cuatro meses más. O sea 10 meses presos en total.

Justo estaba haciendo dulce de leche cuando me vinieron a buscar a la cárcel y quedó todo allí, no lo pude comer.

¿Y cómo fueron esos meses en la cárcel?

La vida era maravillosa ahí, teníamos una gran aceptación del Rector de la Cárcel, que era el Sr. Amalrric, porque sabía astutamente que éramos presos políticos y disciplinados. Por eso nos dejaba hacer asambleas en donde hablábamos de organización, de cómo iban las cosas, teníamos día de limpieza, de juegos, de estar en el patio, días de conferencias, y charlábamos de lo que acontecía en el día, teníamos un armario con un montón de libros y folletos de distintos movimientos.

Hasta las monjitas me mandaban Rosarios por todo el sufrimiento que yo padecía, pero en verdad no fue así. Para mí, fue una experiencia muy buena, porque tenía la confianza interna de que íbamos a ganar y terminar con el régimen militar que nos dominaba y así fue.

No hay que quejarse solamente de los obispos que estaban en carne y uña con los militares, también la clase media tuvo su parte de responsabilidad y es un hecho para analizar.

¿De qué manera influyeron los medios de comunicación en este conflicto interno de la iglesia?

Siempre me escapaba de ellos, porque los medios ejercitan el noble arte indefectible de tergiversar, entonces no hablaba con ellos.

Pero hoy los medios lo siguen llamando...

Y porque soy uno de los sobrevivientes de aquellos tiempos. Me preguntan alguna cosa del movimiento de curitas, sobre iglesia, y la verdad no quiero hablar, porque no tengo la seguridad de que vayan a transcribir mis declaraciones tal cual son, porque hasta cuando lo hice por escrito, también me cambiaron todo.

(Cabe aclarar que aceptó dar la entrevista porque le pareció confiable hacerla para la ACA y en la misma sede de la Institución).

¿Ud. se sintió castigado por ser un “cura tercer mundista”?

Supongo que sentían la obligación de hacer eso conmigo. Pero tengo la necesidad de aclarar que detesto los términos “tercer mundista”, por una razón.

Una vez vino una chica y me pide un casamiento tercer mundista y la mandé a freír churros, porque nosotros éramos sacerdotes de Buenos Aires, Morón y de algunas diócesis del interior, que manteníamos una línea de trabajo; nos volcamos a esta postura de ser sacerdotes para los pobres de los pueblos y para los pueblos pobres; por ahí pasaba nuestro trabajo, y nuestra intención. Pero a todas las cuestiones internas de la vida de la Iglesia, que tenían que ver con los obispos, con la liturgia, con el celibato, con la teología, a todas esas cosas dijimos que no.

Y los medios aprovecharon bien esta circunstancia y mezclaron todo de una manera genial, denominando a este conjunto de cosas, “tercermundismo”.

¿Pero Padre, el término “tercer mundista” lo pusieron los medios o la misma iglesia?

Y que sé yo, a veces no hay mucha diferencia. Esa denominación apareció, pero lo nuestro era el “movimiento de sacerdotes para el tercer mundo”. Y el tercer mundo no son, los problemas internos religiosos, sino la pobreza, la brecha entre ricos y pobres, que todavía hoy es cada vez más estridente.

¿Qué pasó con el movimiento de sacerdotes para el tercer mundo?



Se realizó un encuentro nacional del movimiento y allí apareció la propuesta del celibato y como no nos pusimos de acuerdo en ese punto, porque dijimos que el tema no entraba dentro de nuestra temática, se terminó el movimiento afortunadamente, porque de esa manera nos ahorramos las peleas entre nosotros. Porque desaparecido el enemigo común, reaparecida la democracia y con ella la variedad de opciones, nuestra coincidencia habría cesado.

Y además porque Perón estaba interesado en nosotros y quería particularmente que el Padre Carlos Múgica pasara a una línea de conducción en el gobierno. Y es una lástima que hayamos perdido una carta, (que le enviamos a través de Cámpora, con quien teníamos una buena relación), donde le explicamos que la postura de los sacerdotes del tercer mundo, era estar presente en los lugares dignos donde vivía la gente pobre y nada más. Eso disgustó mucho a Perón. Y como hubo mucha insistencia, el Padre Múgica terminó asesorando en el Ministerio de Bienestar Social, donde estaba López Rega, pero al mes esto se cerró, y el 11 de mayo de 1974, terminaron por matarlo a Carlitos, la misma gente de López Rega.

Por eso había que hacer un análisis crítico de lo que pasaba en el país en ese momento y ver el resultado de las elecciones en el 73.

¿Nunca temió por su vida Padre?

No, pero en dos o tres oportunidades me dijeron: "*andate, han hablado de vos*". Pero me quedé y aquí estoy.

¿Se sintió que se jugaron por Ud.?

Lo que pasa es que el Cardenal Aramburu, era un hombre estricto. No entendía mucho los procesos nacionales, ni el tema de la opresión, ni que los jueces podían ser comprados, ni nada de eso. Pero cuando los jueces no vieron nada en contra mío, Aramburu pensó que yo debía salir de la cárcel, y eso causó malestar entre los militares, no le gustó nada al Ejército que yo quedara en libertad. Y la verdad, en ese sentido estuvo muy bien Aramburu, jugarse por mí fue una cosa muy interesante.

También me había ido a ver al Departamento Central de Policía, en el 70, cuando me detuvieron por el caso del General Aramburu.

¿También estando preso recibió la visita de Pironio?

Vino un día a la cárcel de Devoto a visitarme en el 72, nos dejaron en una habitación privada, me preguntó como estaba y si necesitaba algo. Yo había sido siempre muy amigo con Eduardito. No cualquiera recibía visitas como esa.

¿Entonces hubo parte de la Iglesia que lo apoyó?

En cuanto a Aramburu, siempre estuvo negando la existencia de una situación violenta en el país, pero en cuanto a su bondad, a su concepto de lo justo, él actuó bien.

¿Padre, alguna vez manipuló un arma?

Dos veces, una en Córdoba que le erré a una vizcacha y la otra vez en el sur, pero el tiro fue para cualquier lado ya que no tenía los anteojos.

Ahora que pasó el tiempo, ¿cómo se sale de esa carátula que le pusieron como ideólogo, como corruptor de menores?

La carátula no me interesa, porque el país está dividido en dos, los poderes en donde está la clase media, y la alta burguesía y por el otro lado el pueblo. Pero a la gente de las barriadas eso no le interesó, sabían quien era yo, y estuve con ellos unos 20 años.

Lamentablemente no creo que se hayan cambiado grandes cosas, pero eclesialmente hoy los curitas jóvenes me miran con respeto.

¿Cuándo termina su relación con la AC?

Se terminó porque yo no hacía nada y después de los procesos judiciales, es indudable que en el seno de la AC no se me miraba con buenos ojos. Pero en el tiempo que estuve en Buenos Aires, desde el 70 hasta el 85, no hubo ninguna relación.

Después me fui a Merlo y perdí todo contacto con la Institución. Tampoco siento que se me apartó, porque me parecía normal que yo no continuara. Sabía que iba a provocar algún choque, y como la AC está fuertemente integrada al menos en Buenos Aires, por la clase media, seguro que no hubiésemos coincidido.

Pero, si sirve para la AC, el recuerdo que me queda de la JEC en particular, y de mis otras actividades en la Institución, es muy lindo, porque hicimos un buen trabajo. Yo aprendí mucho, y fui creciendo en la observación de los problemas nacionales. Por eso si comparo mi época de militante en la Institución y en el Seminario, es indudable que mi verdadero proceso de formación como sacerdote no fue en el Seminario, sino en mis siete años de militancia en la Acción Católica.

¿Padre Ud. siente que lo han “guardado”, o se guardó solo?

Yo me guardé solo, porque nadie me dijo nada; yo solo tomé la decisión de apartarme, pero estaba allí, a la vista de todos.

¿Es Ud. un sacerdote rebelde?

Si pienso en Mons. Aramburu, creo que jamás hubiera él pensado eso, aunque lo pusiera en contra de la gente de alto nivel. Yo no me considero ningún rebelde, mi única arma es el Evangelio, ¿rebelde de qué? Ahora si la pregunta es: ¿Ud. está contento de lo que hizo? La respuesta es, sí.

1. Entre la crisis y la esperanza, 1970-1973

En este tiempo la Junta se muda al edificio de Avda. de Mayo 621 (donado por la familia Montes de Oca). El traslado, iniciado por la Junta y la AHAC, se completó en 1971 al ocupar la casa también la AJAC, la JAC y la AMAC (ese año se habilitó también la Capilla de la Sede). Es en esta casa donde hoy funciona el Consejo Nacional de la Acción Católica, junto a todas sus Áreas y equipos.

En la Asamblea Extraordinaria de la Conferencia Episcopal Argentina que se reunió en San Miguel entre el 21 y el 28 de abril de 1970 se dio un hecho destacado en la historia eclesial de nuestro país. Por primera vez los dirigentes



laicos fueron invitados a participar de las deliberaciones, expresando en una larga jornada, sus puntos de vista. Al cierre de las deliberaciones se dio a conocer el “Documento Pastoral de la Conferencia Episcopal Argentina sobre el laicado y la Acción Católica”. En él ratifican y precisan la doctrina conciliar sobre la Acción Católica, señalando además que la ACA reúne de manera simultánea las cuatro notas para ser considerada como tal, distinguiéndola con la responsabilidad de un mandato explícito.

Precisando con claridad su naturaleza y misión, sus límites de presencia y acción en el orden temporal, se disiparon muchos equívocos y se pusieron las bases que posibilitarían la reorganización de sus fuerzas.

El documento terminaba con una invitación “a los Organismos de la Acción Católica Argentina a que, en colaboración con la Comisión Episcopal para el apostolado de los laicos, estudien y propongan los cambios y las transformaciones de su forma organizativa y de sus Estatutos que exige el hoy de la Iglesia peregrina”.



Con estas directivas, en agosto se reúne en Embalse de Río Tercero la XI Asamblea Nacional, donde fue posible palpar la profundidad de la crisis institucional. Los jóvenes deciden reunirse nuevamente en octubre en Córdoba (los consejos nacionales con dirigentes diocesanos). Eran pocos y con dificultades para dialogar entre los sectores más tradicionalistas y los moderados (conflicto que recién empezaría a solucionarse en los años ochenta).

Monseñor Pironio, a la sazón Asesor General, debe renunciar para asumir su cargo de secretario del CELAM y también se despide de la asesoría Mons. Erro (que volverá años después como asesor general 1990-1993).-Ver entrevista- Lo sucede Monseñor López, a quien lo acompañaran: Mons. Rodolfo Bufano, Mons. Manuel Moledo y el Padre Oscar Varangot (asesor diocesano de Posadas).

Mons. Eduardo se despide con las siguientes palabras, memorables en el recuerdo de un tiempo particular” *Bogotá, agosto 11 de 1970. Hubiese querido participar con ustedes en las Asambleas Nacionales de la Acción Católica Argentina. Pero no he podido. Sabrán ustedes comprender y disculpar mi inasistencia.*

Me hubiese gustado estar entre ustedes como un hermano y amigo que alienta, que escucha, que aprende. Para sentir juntos el dolor fecundo de nuestra Iglesia, en esta hora. Para ayudarnos a descubrir juntos la voz del Espíritu que hoy nos habla a través de las tensiones y las crisis”...

A aquella asamblea, asistirán no más de 200 dirigentes .y como se ha oído decir a más de uno de aquella época: “muchos obispos y asesores llegaban

con el cirio de la misa exequial y muchos otros aun tenían encendido el cirio de la esperanza pascual”.

Testigo de aquella época María Ángela Rodríguez nos comparte que es tucumana y por culpa de la Acción Católica hace 45 años que vive en Buenos Aires, aterrizó un día 15 de septiembre, día de la Virgen de los Dolores y no se fue más.

A ella le tocó vivir un periodo muy particular dentro de la Institución, porque fue la responsable de reorganizar los Consejos juveniles en los años 70, a pedido de Mons. Zazpe, a quien no le pudo decir que no. Aunque también” le echa la culpa” de su estadía eterna en Buenos Aires, a Beatriz Buzzetti, que la propuso como vicepresidenta del Concejo Nacional de las Jóvenes.

“Entré a la AC por un “engaño” que me hicieron en Tucumán. Según una compañera, que era presidenta de la parroquia Inmaculado Corazón de María de la ciudad capital, necesitaban gente que trabajara en el bazar y como me gustaban las manualidades, acepté. Pero después de oficializarme un 8 de diciembre, rápidamente me convirtieron en la presidenta de la parroquia, hasta que pasé al Consejo Arquidiocesano y por dos períodos fui presidenta. Cuando empecé a participar de los encuentros nacionales, donde uno conoce a mucha gente, me pidieron que representara al nacional en el noroeste del país y así lo hice. Por lo tanto cada dos meses viajaba a Buenos Aires a informar al Consejo Nacional...”

“En ese tiempo Beatriz Buzzetti era la Presidenta de las Jóvenes en el ámbito nacional y no quería ser elegida otra vez, porque deseaba terminar su carrera universitaria y cuidar de su mamá que estaba enferma. Pero lo pensó bien y puso como condición que yo fuera su vicepresidenta para aceptar otra vez el cargo. Tuve que pensar mucho esto de quedarme en Buenos Aires y la verdad gracias a los asesores espirituales que tenía, me ayudaron un montón para tomar la decisión. Uno de ellos me dijo: “Ángela vaya y aproveche a hacer sus cosas personales que en Tucumán no pudo hacer”.

Y como ya habían muerto mis padres, y novio no tenía, elegí vivir mi independencia y libertad en Buenos Aires por tres años. Pero sucedió que en el año 1970 salió un documento del Episcopado argentino marcando las nuevas pautas para la AC, y como toda la gente nueva que nos seguirían en los dos Consejos juveniles no estuvo de acuerdo, no asumieron. ..Yo diría que se debió a que estaban en una línea menos conservadora y más tercermundista. Por eso no se pudo nombrar un nuevo Concejo en la Asamblea del año 1970 en Embalse. Sólo fuimos cinco mujeres, entre ellas Beatriz Buzzetti, y sólo un hombre que fue Coco González Prandi. Y recuerdo que el Asesor de esa época de la Junta de AC era Mons. López. Retornamos a Capital y yo empecé a preparar mis valijas para volverme a Tucumán....Pero “cuando volvimos de la



Asamblea de Embalse, querían que yo fuera la presidenta de las jóvenes, pero yo no tenía edad. Entonces Mons. López y Mons. Zazpe me convocaron a una reunión en la sede del Episcopado que en ese momento funcionaba en la calle Paraguay, y fue ahí donde Mons. Zazpe me dijo, y nunca me lo voy a olvidar: “En el nombre de Dios le pido que se quede y organice el Consejo”. Y para mí, ese: “en nombre de Dios”, se me grabó acá (se toca la sien). Esa noche no dormí pensando, a los dos días tenía que dar una respuesta, entonces les dije: “me puedo comprometer a reunir a tres o cuatro personas para que organicen los Consejos.

Y así busqué a Meneca Etecheverry entre otras y con la gracia de tener a Mons. Bufano (asesor) y a Caballero como Presidente de la Junta- ver testimonio-, que nos acompañó mucho a los jóvenes en esa situación, decidí quedarme. Y entré en la Junta otros tres años.

La verdad, esa fue otra decisión importante que tuve que tomar como seguir permaneciendo en Buenos Aires”

2. Tiempos difíciles, tiempos para la esperanza

No eran tiempos fáciles ni en Buenos Aires ni en el país; la crisis institucional se entrecruzaba con la realidad argentina donde prevalecía la violencia. Eran los tiempos en que el Cardenal Pironio nos alentaba con aquella memorable “Reflexión para los Tiempos Difíciles” (Ver Profeta de esperanza. Edición de la Acción Católica Argentina).

María Angélica trae al recuerdo a otros dos queridos asesores y testigos fieles para nuestra institución: Mons. Rodolfo Bufano y Mons. Vicente Zazpe. Mons. Rodolfo Bufano. Acompañó con mucho cariño a la Institución. Fue el autor de las oraciones oficiales que hoy rezamos al inicio y cierre de nuestras reuniones; fue nombrado Obispo auxiliar de San Justo durante los años 1978 a 1980 mientras nos acompañaba. Tras la renuncia de Mons. Carreras, el Santo Padre Juan Pablo II lo designó obispo diocesano de San Justo el 14 de abril de 1982. Tomó posesión del gobierno pastoral el 26 de junio de ese año. El 5 de noviembre de 1990, mientras se disponía a participar de la Asamblea Plenaria del Episcopado, falleció repentinamente.

Mons. Vicente Faustino Zazpe, conocía muy bien a la Acción Católica: se había formado en ella, fue delegado de Aspirantes y desde joven seminarista y sacerdote siguió acompañándola siempre. Fue arzobispo de Santa Fe hasta su fallecimiento. Era obispo de Rafaela y el 3 de agosto de 1968 fue promovido por Pablo VI a arzobispo coadjutor con derecho de sucesión de Santa Fe. El 14 de agosto de 1969 asumió por sucesión la sede arzobispal santafesina. Falleció el 24 de enero de 1984

Zazpe fue un hombre visionario y comprometido visceralmente con el Concilio Vaticano II, su voz profética le valió no pocos conflictos con el poder civil, pero su fidelidad a la Iglesia de Cristo marcó su vida y su entrega. Con respecto a la apertura del Concilio escribía en 1966 a sus sacerdotes. “Queridos sacerdotes: ...me refiero a la cuestión”conversión y mentalidad”... De su vivencia en cada

uno y en todos como cuerpo colegiado, dependerá la marcha de la Diócesis. Esta tendrá una fisonomía peculiar post-conciliar o no la tendrá.

Está de más cualificar cualquiera de las dos posibilidades: frustración, infidelidad, alienación, o renovación, apertura, realización. (Señala) dónde deben originarse la renovación y las reformas que pide el Concilio: En el alma debe producirse una conversión y en la inteligencia una mentalidad. Como ya escribió alguien, no importan tanto los cambios, sino que cambiemos...

¿Por qué es necesario convertirse? Porque hay que llegar a una humildad profunda, que yo formularía así: “estoy convencido de que debo rever mi teología; revisar mis métodos pastorales; mi manera de llevar la parroquia y hasta mi modo sacerdotal de vivir”...Convertirse, porque el Concilio quiere que amemos a la gente como es y no como debería ser: pecadores, injustos, criticones, aburguesados, indiferentes... Sobre todo, amar a los ausentes... La conversión posibilita la mentalidad... la mentalidad dispone al cambio en la Iglesia”² Ver en www.accioncatolica.org.ar/abc/ 75 años. Zaspé un hombre del concilio

Sin duda esta época estuvo marcada por la agitación externa e interna y; medio de toda esta situación se repiensen los departamentos que debían existir en el nivel nacional, proponiéndose los de: espiritualidad y realidades temporales, educadores, prensa, administrativo-contable, asesores/laicos y teólogos, y Fe, formación y espiritualidad. Se debate sobre la necesidad de una revista única para todas las Ramas, surgiendo “Palabra” en 1971, que luego es suspendida. Se intenta el trabajo regional, sin mucho éxito (salvo el NOA).

La crisis es profunda: la AMAC logra mantenerse, en la AHAC existen Consejos Diocesanos, pero pocas bases parroquiales y escasa participación en encuentros regionales, en las Ramas de Jóvenes, son más las chicas que los muchachos que han perseverado, y la APAC tiene casi diezmadas sus bases. En el interior la situación es similar y en algunos casos peor. Quedan 10 Juntas constituidas y 8 nominales.

El Movimiento Rural está en crisis y espera definiciones de la CEA, que tardan en llegar. Recién por decisión de la X Asamblea Plenaria de la CEA, el Movimiento Rural deja de pertenecer a la AC y no podrá usar su nombre ni el de católico. El funcionamiento de iniciativas en el ámbito rural queda a decisión de cada Obispo Diocesano.

Comienza el estudio para un trabajo más conjunto de toda la AC, realizándose experiencias piloto en Tucumán y Gualaguaychú. Se propone un período para la conducción de cuatro años en lugar de tres, postergando la Asamblea de 1973. A pesar de aprobarse la medida, sólo se hará efectiva en el período siguiente.

Se elige Tucumán como sede de las próximas Asambleas Federales, la que tendrá carácter masivo. Monseñor Bufano y Monseñor Moledo ponen en ella una particular esperanza, que la historia confirmaría.

² www.diocesisderafaela.org.ar. Lucia Mazei



Los Consejos juveniles realizan su primer encuentro conjunto en San Antonio de Arredondo. Participan 125 dirigentes. Se crea la Junta Nacional integrada por la Junta Central y los Presidentes de las Juntas Diocesanas.

La crisis fue profunda, pero no terminal. Muchos obispos, sacerdotes y laicos siguieron creyendo en la potencialidad de servicio de la Acción Católica. El sentido de Iglesia de sus miembros y su disposición permanente a trabajar en la pastoral de cada Iglesia particular, seguían haciendo de ella una fórmula que “no está superada, no es sustituible y no está exhausta”, como dijera Pablo VI en aquellos años (25/07/63). Y completaba su pensamiento diciendo: “No es un fenómeno caduco que tuvo su tiempo – como dicen algunos -; es un órgano integrador de la estructura eclesial, y es de tal importancia en las contingencias históricas actuales, que sería juicio erróneo tenerla en mediocre consideración” (14/02/68).

La Acción Católica Argentina no había sucumbido a su peor crisis. Por el contrario, se encaminaba contra todo pronóstico a una nueva primavera.

En este periodo, grandes fueron los dirigentes que se cargaron al hombro el desafío de seguir adelante, de perseverar; asesores que con coraje no le tuvieron miedo a la crisis y avizoraron un nuevo tiempo y pusieron toda su fuerza en la formación para la conversión personal de cada miembro.



Línea histórica

- 1967: La moneda es devaluada el 40 %, hay congelamiento salarial El país y el mundo son sacudidos por la noticia de la detención y posterior ejecución del “Che” Guevara.
 - 1968: El plan económico arroja resultados positivos La CGT se queja de la política económica que, a su juicio,. En La Plata, arden tres buques petroleros y se descubre a un grupo guerrillero en la localidad tucumana de Taco Ralo.
 - 1969: Persiste el malestar y este año se caracterizará por hechos de violencia política que suman no menos de 350. El más grave, el Cordobazo, y los episodios de Rosario
-
- 1970: Los hechos de violencia suman 473. Es secuestrado y encontrado muerto el Gral. Aramburu. Onganía es reemplazado por Roberto Levingston.
 - 1971: El malestar generalizado Levingston es reemplazado por el Tte. Gral. Lanusse, este promete elecciones para 1973 Las organizaciones guerrilleras (Montoneros, F.A.R., F.A.R.P., E.R.P.) siguen asestando golpes.
 - 1972: La violencia crece. En Trelew son ejecutados 16 guerrilleros detenidos, esto aumenta la combatividad de las organizaciones subversivas.

Fundaciones posteriores a 1932:

- - San Nicolás: octubre de 1955
 - Formosa
- Junio 1957 : Gualeguaychú
- Junio 1957 : Comodoro Rivadavia
- Junio 1957 : Santa Rosa, La Pampa
- 1957 Lomas de Zamora
- 14 de Octubre 1961 : Avellaneda
- 19 de enero 1962 : San Rafael
- 1962 Neuquén (hoy con presencia en dos comunidades parroquiales).
- 1962 : Concordia
- 1965 : Rafaela
- 1966 : Roque Saenz Peña
- 1977 : Humahuaca
- 1978 : San Miguel
- 1997 : Merlo- Moreno (Expresión parroquial)
- 2001 : Gregorio de Laferrere

TESTIGO FIEL

Cardenal Eduardo Francisco Pironio



Su sonrisa franca, su cercanía de padre, su hablar pausado y sencillo, hicieron del Cardenal, nuestro amigo sincero. En tiempos difíciles de la Institución fue nuestro asesor y amigo permanente, en su testamento espiritual dejó escrito *“He querido mucho a la Acción Católica”*. Fue promotor incansable de la Institución a nivel nacional e internacional impulsando el FIAC que se vio concretado en 1991.

Nuestro libro de los 75 años, no sería tal, si no tuviera de él un justo perfil, que ahora en proceso para su canonización, cobra una dimensión especial, ya que éste Siervo de Dios, fue para nosotros, ejemplo de santidad de varias generaciones militantes. Él nos invitó a vivir siempre un optimismo sobrenatural, nacido en la Cruz que es grito de esperanza. Amó a la Iglesia con una



disponibilidad total y generosa y esto fue precisamente su principal herencia.

Eduardo Pironio nació el 3 de diciembre de 1920, en Nueve de Julio, Pcia de Buenos Aires, en una familia por demás numerosa. Nada más y nada menos que fueron 22 los hijos de José y Enriqueta. Eduardo fue el número veintidós. Aprendió su fe en las rodillas de su madre, mujer de formación cristiana sólida, aunque sencilla, que supo imprimir en el corazón de sus hijos el genuino sentido evangélico de la vida.

A los 11 años entró en el Seminario de La Plata, donde él decía siempre, aprendió a vivir y a amar el misterio de la Iglesia. Fue ordenado sacerdote en la basílica de Nuestra Señora de Luján, el 5 de diciembre de 1943. Por aquellos días le escribía a su mamá: *“En pocas semanas seré sacerdote y usted la madre de un sacerdote, la madre de otro Cristo”*(del Libro Cardenal Eduardo Pironio: *Un Testigo de Esperanza* Edic. Paulinas).

En los primeros años de su ministerio realizó una intensa actividad educativa y didáctica en el seminario de Mercedes, entre sus amigos frecuentes estaban Antonio Quarracino, Rubén Di Monte y Domingo Cancelleri. Su guía pastoral era el Padre Manuel Moledo al que llamaba con familiaridad *“mi querido amigo”*.

En 1960, el Cardenal Caggiano, arzobispo de Buenos Aires lo nombra Rector del Seminario Metropolitano. En 1962 parte como observador para participar de las sesiones del Concilio Vaticano II. Sobre ello, el Cardenal escribía: *“Algo nuevo sucederá en la historia. No, sin embargo, totalmente nuevo. Será la plena maduración de un proceso que ha venido apurándose bajo la dirección del Espíritu de Dios en los últimos años. Será la esperada floración de aquella “primavera de la historia y de la Iglesia” tan providencialmente anunciada por Pio XII en parte ya realizada en la madurez de sus frutos”* (El camino del Concilio, Criterio XXXVI (1963), 26 de septiembre).

Corría ya 1963, y el cardenal Antonio Caggiano decide al cierre del curso, relevar al Cardenal Pironio como Rector del Seminario en el que tanto estaba trabajando y donde fuera para los seminaristas verdadero padre, pastor y guía. El padre Eduardo sabe claramente que esto se debe a las tensiones internas que se viven en la Iglesia y sufre particularmente, pero acepta en la cruz el paso de Dios.

En 1964, ya siendo Papa Pablo VI, quien se convertiría en un amigo cercano y fraterno del Cardenal, se le comunica que el Santo Padre ha querido elevarlo a la dignidad episcopal y lo ha designado auxiliar de la arquidiócesis de La Plata. Comienza

allí, su intenso trabajo con los laicos de Acción Católica a quien supo transmitir su amor incondicional por la Iglesia.

En 1987 es nombrado administrador apostólico de la diócesis de Avellaneda y también Asesor de la Acción Católica Argentina. Será un año de mucha entrega para el padre Eduardo ya que el 26 de noviembre del mismo año el CELAM lo elige secretario general y el Papa lo designa Secretario General de la Conferencia Latinoamericana prevista para 1968 en Medellín.

En 1970 renuncia a su asesoría en la Junta Central, dada su tarea en el CELAM como secretario general, por segunda vez.

En aquella partida, hay mucho dolor y mucho consuelo. La Acción Católica Argentina vive una crisis profunda, el corolario de una crisis que como verdadera institución de Iglesia, vivió en y con la iglesia. En una carta se despedía de los pocos dirigentes que quedan de pie, reunidos en Embalse de Río Tercero, Córdoba, se despidió de esta manera:

Sean testigos de esperanza. No profetas de calamidades (Juan XXIII). Ciertamente que el momento que vivimos es difícil. Pero está lleno de la presencia del Señor resucitado y de la potencia transformadora de su Espíritu. Es el momento de decir con el Señor: "No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde" (Jn 14,27). No tengamos miedo. No contagiemos desaliento ni pesimismo. Como si todo se quebrara en nuestra Iglesia o no hubiera más valores en el mundo. Como si los sacerdotes ya no fueran luz y sal, o los laicos ya no fueran fermento o levadura entre los hombres. Se hace actual el reproche de Jesús en la tormenta: ¿Por qué temen, hombres de poca fe?(Mt 8, 26).

Sin duda alguna, el Padre Eduardo Pironio, conoció las entrañas mismas de la Acción Católica y fue uno de sus más fervientes "revitalizadores": *"Lo conocí personalmente recién nombrado presidente del Consejo Pontificio para los laicos y quedé impresionado por su cercanía, su sencillez, su calidad humana, su profundidad espiritual, la esperanza que contagiaba por donde quiera que pasaba y por sus intuiciones y aportaciones pastorales. A partir de entonces, surgió en mi una admiración hacia su persona y modos de hacer que continuó hasta su muerte y que, gracias a Dios, aún permanece viva en mi recuerdo..."* *"La aportación del cardenal Eduardo Pironio a la Acción Católica es tan extensa, rica y variada que cuando se leen sus escritos uno queda totalmente impresionado del conocimiento tan profundo que tenía de ella y del amor tan grande que sentía por esta privilegiada forma de asociación eclesial"* *"(Rafael Serrano Delegado del Apostolado*



Seglar de la Arquidiócesis de Madrid. Del Libro Cardenal Eduardo Pironio Un Testigo de Esperanza, Edic. Paulinas).

Tuvo siempre una clara conciencia y verdadero respeto por la vocación laical. *“La Acción Católica es un movimiento esencialmente secular. Le corresponde, por consiguiente, santificar el mundo desde dentro y buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Todo tipo de espiritualidad, de formación o acción apostólica, que intente desconectar al miembro de Acción Católica de su mundo concreto y de su determinado momento histórico, lo desubica como laico y desfigura su presencia”* (Identidad de la Acción Católica. Profeta de esperanza, ACA, 35).

El Cardenal era particularmente exigente con la Acción Católica, siempre lo fue desde su cariño enorme y de su autoridad pastoral. *“Acción Católica rejuvenecida, fiel a su tradición original, pero abierta a las exigencias de la historia...que anuncie explícitamente la Buena Nueva de Jesús con audacia profética del Espíritu. Pero que lo haga orgánicamente, como expresión de la Iglesia comunión, fuertemente comprometida con la construcción de una sociedad fraterna, solidaria. Comprometida en la construcción de la verdad y del amor”* (Algo nuevo está naciendo ¿no lo notáis? Madrid, Ediciones EDICE, 1995,41).

Fue un promotor dedicado, comprometido y profético del FORO INTERNACIONAL DE LA ACCION CATOLICA y de su reconocimiento como asociación de Derecho Pontificio. Él estuvo convencido de la necesidad que la Iglesia tiene de este modelo de apostolado seglar asociado, por eso puso su empeño, su ilusión, su trabajo y su esperanza para que el mismo se concretara, junto a otro argentino el Ing. Marcelo Zapiola. Este Foro se conformó finalmente en Roma en 1991.

Para concluir, queremos hacer un breve repaso de las tareas que el Cardenal Eduardo Pironio fue asumiendo a lo largo de su vida hecha servicio a la Iglesia: fue designado en 1972, Obispo de Mar del Plata. En 1974 fue invitado por Pablo VI a predicar los Ejercicios Espirituales para la Curia Romana en la Semana Santa de ese año: en 1975 – en medio de un año difícil y violento para el país- Monseñor es nombrado Pro Prefecto de la Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares y debe radicarse en Roma. En 1976 es nombrado Cardenal de la Iglesia y prefecto de la Sagrada Congregación. En 1983, el Papa Juan Pablo II le pide a Pironio se haga cargo del Pontificio Consejo para los laicos: “Deseo confiarle la porción más extensa y sana de la Iglesia”, le dijo Su Santidad.

Yo trabajé en la parroquia Santísima Trinidad y en la Inmaculada de Belgrano, allá por los años 37/38, y cuando entraba a los años 40/41, Dios me llamó para el ministerio sacerdotal.

Pero mi apostolado laico fue muy fervoroso. Entregado totalmente con mis amigos, mis hermanos en la fe de la AC.

Fui vicepresidente de mi Centro de la Santísima Trinidad y estuve orientando a grupos de aspirantes, éramos muy fuerte. Hicimos cumplir un poco el mandato de Cristo, como lo hace la AC.

¿Cómo fue ese paso de la vida de laico a la vida sacerdotal?

Hice lo que pude para hacer una asunción de la realidad. Nunca dejé de estar en contacto con la gente de AC. Siempre tuve la experiencia de que un laico no puede dejar su laicidad por decreto, o porque le pasaron los años, o porque no sirve para el laicado, sino para ser cura.

Yo no lo hice así, no hice esa separación tan drástica. Siendo laico amaba a los sacerdotes, siendo sacerdote amaba profundamente a los laicos, pero la entrega tiene la misma dimensión de mi ser, para el servicio del Evangelio, siendo laico y siendo sacerdote.

¿Cómo llegó a ser asesor de la Institución?

Se dio naturalmente porque trabajé en la parroquia San Rafael de Villa Devoto, como asesor de los jóvenes y mayores de AC, y ahí empecé a transformar mi calidad como asesor, porque la AC es exigente cada día.

Cuando uno va progresando en los conocimientos, siente más la necesidad de ser apóstol y de poder evangelizar.

De manera que eso lo hice desde los primeros albores de mi sacerdocio, luego estudié en Europa y traté por todos los medios de aprovechar el tiempo en Roma. Volví y seguí haciendo lo que pude por la AC porque nunca la dejé de lado, al contrario.

Entonces se convirtió en Vice Asesor a nivel nacional, en los años 60...

Si, estuve en la Junta de Buenos Aires, poco tiempo y pronto me llamaron para entrar en el Consejo Superior porque era una época de mucha urgencia, de mucha necesidad en el país, y cuando los obispos me llamaron para ser Asesor Nacional, les dije que sí, pero que lo haría a mi modo.

¿Y lo dejaron?

Si, por supuesto, hice lo que pude. Por otra parte, la AC no depende de los curas ni de los obispos. El laicado que tenga una capacidad fuerte, una capacidad intelectual sobre todo, y hombres de oración, tenaces para poder ser apóstoles, pueden solos.

¿Pero qué pasaba en la Argentina?

En ese momento los obispos necesitaban una persona que entendieran bien la AC desde sus raíces. Yo siendo pibe joven, ya

la amaba profundamente y como laico, y luego como sacerdote tenía la misión de decir la acepto como un servicio de fe a mis hermanos.

Fue un momento duro del país porque había muchas tensiones por ciertos movimientos políticos y sociales, y había que estructurar un poco la conformación mental y espiritual del laicado porque se le exigía mucho. Yo hice lo que pude para poder cohesionar un poco a los militantes y dirigentes, y abrirles camino para un compromiso, eso era lo que me importaba.

¿Y ese compromiso tenía que ver con el campo político?

Sí, porque la AC tiene un compromiso muy especial, y es el que le da la Iglesia y los obispos que la llaman para ser fermento de Dios, en medio de todos los grupos y en todas las estructuras sociales.

En esa época de tensiones tremendas, lo que yo podía hacer era rezar, y acompañar a la gente que había quedado tan tironeada, y con el espíritu caído que había dejado la revolución. Esas fueron marcas negativas, pero de todos modos la AC fue siempre señora, fuerte, sólida. Ella es decoro de la Iglesia total, la esperanza se construyó a partir del dolor y del sufrimiento y de la alegría de servir, como dicen los chicos, y pudo levantarse, porque la Acción Católica tiene al Espíritu Santo.

¿Ud. que conoce tanto a la Institución la ve hoy que está cumpliendo ese papel?

Sí, y ahora de distinta manera, como es lógico. Es decir, los tiempos han cambiado y dentro de esos cambios, se da también un cambio dentro de la Institución. Y no podía ser de otra manera. Todas las épocas tienen su modo. Las circunstancias que vivía el país, incidió mucho en el ánimo de la AC en aquella época. Y la gente hoy tiende a ser un poco más independiente en cuanto a su apostolado. El apostolado de la AC tiene que ser coherente, profundo y serio, pero debe estar enraizado en las realidades sociales y políticas del país, no se puede dar la espalda a esto, no se puede ignorar.

Algunos son quejosos cuando dicen que la AC ha perdido un poco el sentido de la fortaleza que tenía antes, pero el lugar que desempeñaba la AC no era superado por ninguna otra institución en el plano laical.

¿Y Ud. como asesor cómo vivió esos cambios de la institución?

A mí me tocaron vivir muchos cambios en mi vida laical y sacerdotal. Pero como sacerdote nunca perdí de vista a la AC, porque me significó algo severo e importante en mi vida como institución. Y hoy veo que la madurez de su laicado tiene tanta vigencia como cuando se fundó.

¿También está “jubilado” de asesorar a la institución?



Bueno, un poquito sí. Siempre tengo reuniones con mis amigos laicos y sacerdotes donde siempre hablamos de temas de la AC y nos preocupa. De todas maneras la Institución hoy no puede estar estructurada del mismo modo que en los tiempos míos, tiene que ser una AC aggiornada, puesta al día de acuerdo a la paridad de pensamientos de los jóvenes, de los maduros, y asociando un poco la cultura religiosa para la inculturación del tiempo presente.

Siempre se dijo que la AC ha sido y es, gracias a los asesores. ¿Ud. que opina?

Eso es verdad, pero puede que no sea absoluto, no? Porque la AC es por su laicado. El asesor asesora y camina con los laicos, tal vez ilumine un poco el camino pero no se puede decir que el asesor da sentido a la AC, sino el laicado.

La AC es para los laicos y nosotros tenemos que pedir en tiempo presente a la Iglesia, que ella de respuesta al hombre contemporáneo. Un tiempo difícil y muy tensionado donde nosotros tenemos que ser capaces de discernir a partir de un sentido evangélico de la vida.

Cuando la AC se mete a hacer Evangelio vivo, encarnado en los chicos, en los grandes, en las mujeres, en los varones, ahí se da una AC fuerte. Pero si se deja de lado la fundamentación evangélica en los movimientos de laicos, esos movimientos caerán.

No hay persona que haya pasado por la Institución que no haya reconocido el papel del asesor.

Es cierto, pero reitero que lo principal es el laico bien formado, en este sentido, el sacerdote tiene que formar al laicado para que sea estructuralmente, religiosamente, socialmente, políticamente comprometido con Dios y con la vida social.

¿Se anima a nombrar una cosa buena y una cosa mala de la AC?

Yo creo que tiene todo bueno. De todas maneras, las deficiencias de cualquier organización, también las tiene la AC, aunque hoy no tengo trato con los dirigentes, pero siempre los he querido mucho y en todos los niveles.

Yo creo que la AC todavía hoy tiene un gran caudal de fuerza para seguir existiendo y prodigándose, porque está estructurada con la comprensión de la Iglesia, que sabe que el laico tiene un lugar en el mundo que no lo tiene el sacerdote.

¿A quiénes recuerda de su época como asesor?

Si hablamos de sacerdotes, tengo en la memoria a Manuel Moledo, un gran sacerdote, un hombre entregado, un hombre sublime, él hablaba con el corazón en la mano, no dejaba de obrar y pensar con su intelecto profundo, estudiando todas las cosas antes de dedicarse a hablar. Fue un hombre que dio muchísima luz a la vida apostólica de los jóvenes, mujeres,

varones y adultos. Ese fue un foco refulgente, él trabajó mucho con ACDE, la Asociación de empresarios.

La ACA recibió del Padre Moledo tantas cosas hermosas y grandiosas que hay que hacerle un monumento, es una forma de decir.

Espiritualmente está en el corazón de todos los dirigentes de estos tiempos últimos.

Y de su relación con el Cardenal Pironio, ¿qué nos puede contar?

Yo fui muy amigo del Cardenal Pironio. Trabajé con él, me tuvo siempre a su lado, estando en Buenos Aires y luego en el Vaticano. El me buscó para que fuera al último Sínodo de los obispos y fui en nombre del Episcopado como sacerdote de la delegación argentina.

Murió hace poco, pero no murió. Pironio como Moledo, eran padres de la AC porque eran padres de la Iglesia y porque sabían dar al laico el lugar que los laicos tenían.

Los militantes y dirigentes hablan del aporte que recibieron de los asesores, ¿Ud. recibió algún aporte del laico?

Sí, de los laicos ciertamente he recibido mucha fuerza, y ejemplo de vida. Si tuviera que nombrar alguno, tendría una lista enorme de personas, pero tengo recuerdos de mucha grandeza de "Tacho" Madero, de Marcelo Zapiola, de Luis Carli, y muchos más, que son verdaderos tesoros del laicado, personas magníficas que han dado mucha brillantez al apostolado laico. Eran hombres de Dios y además hombres de mundo.

¿Cuál debe ser el papel del laico en los tiempos de hoy?

El mismo de siempre, el que impregna de espíritu evangélico las estructuras temporales pero desde adentro. El laico no puede ser un magister lejano, el laico tiene que estar embebido, vivir profundamente la vida laical para poder ser luz y sal de la tierra.

Y esto lo hace muy bien la AC y lo sigue haciendo a su modo. No tiene el esplendor que tuvo en algún momento, pero eso no es lo importante. Lo importante es que la Iglesia siempre cuente con ella y que los obispos abran bien los ojos, porque ¿qué podemos hacer nosotros sin el laicado?; por eso debe haber una conjunción de fuerzas. La dirigencia sola no puede, necesita del aliento de una espiritualidad y de un comportamiento religioso profundo.

¿Y cuándo la institución no recibe el apoyo de los obispos?

La Institución siempre ha recibido el apoyo de los obispos, en diversos grados, según las épocas; ahora no conozco mucho. Creo que realmente siempre el Episcopado ha extendido la mano y puso el hombro por el laicado que desea trabajar y ser testigo de los valores del Reino, y esto no se pierde.

Habrán fricciones, pero no habrá una separación, tienen que trabajar conjuntamente con mucha oración.



de la Junta Central de la cual fue Presidente entre los años 1969 y 1973.

Previamente había formado el centro de Hombres de AC en la parroquia San Marcelo, de Don Torcuato, de la diócesis de San Isidro. Luego pasó a formar parte del Consejo diocesano de hombres, hasta llegar al Consejo Nacional.

Wenceslao Caballero era vicepresidente de la Junta Central, cuando **Francisco Guido** era el presidente. Pero en el año 1969, a Guido lo eligen ministro en la Provincia de Buenos Aires, por lo que tiene que dejar el cargo, y asume Caballero en su reemplazo. Luego, en la siguiente Asamblea Federal, es reelegido como presidente de la Junta Central, hasta el año 1973.

Como reconocimiento a su actividad desempeñada en la ACA, S.S. el Papa Paulo VI, lo nombró comendador de la Orden de San Gregorio Magno. Fue en el año 1974, y le entregó la distinción, el Nuncio Apostólico de aquella época, Mons. Lino Zanini.

Wenceslao, siente un enorme cariño por la institución y un agradecimiento especial por todo el bien espiritual que recibió de la AC, hoy, a los 81 años, todavía siente pertenecer a ella. Para no perder la costumbre de las reuniones, organiza cada año un encuentro, y recuerda los viejos tiempos de su dirigencia, que compartió con sus amigos **Atilio Cucchi**, **Santiago Fernández Echart**, y **Jacinto Cipriota**, entre otros.

FESTIVAL JUVENIL DE LA CANCIÓN NAVIDEÑA

Fue una iniciativa de la entonces AJAC de la arquidiócesis de Buenos Aires, de 1970, cuatro años antes que yo ingresara a ella. Nació como un intento de responder al desafío de la EVANGELIZACIÓN de nuestra JUVENTUD, eligiendo a la música como elemento innegable de expresión, en el marco de la religiosidad popular. Marta Noce, entonces vicepresidenta de las jóvenes de Buenos Aires, ideó y emprendió el proyecto.

Esta convocatoria para temas inéditos en letra y música, en ritmos folklórico, melódico y moderno, comenzó con ese alcance diocesano y pronto se insertaron las diócesis vecinas. A partir de la cuarta edición tuvo dimensión nacional y un equipo numeroso de colaboradores. Más tarde fue asumido por los Consejos Nacionales de Jóvenes, junto a la comisión especial que lo coordinó, y tuvo envergadura latinoamericana (expresión de ello fueron los festivales de Paraguay y Chile en los años del 80, a los que asistieron



delegaciones argentinas), además de representantes de Brasil y Uruguay. El de Asunción fue promovido desde nuestra comisión nacional coordinadora.

En sus más de 25 años de vida atravesó por distintas etapas de un crecimiento sostenido en el que miles de jóvenes se sintieron convocados a participar a lo largo y ancho del país. Puedo destacar que supo conjugar en su trayectoria lo institucional, lo eclesial y la finalidad fuertemente evangelizadora. **El objetivo fue claro desde sus orígenes: rescatar de la cultura juvenil sus valores y orientarlos a través del mensaje evangélico.**

Desde lo Institucional significó una experiencia concreta de unidad de todas las entonces Ramas y las Juntas Diocesanas y Nacional se sumaron de alguna manera a la realización del esfuerzo. En especial, cuando se empezaron a plasmar los festivales regionales en la década del 80. Fue, a la vez, semillero de formación de dirigentes que se convocaban a integrar equipos de Promoción, Prensa, Estructura, Jurado, Relaciones Públicas, Economía, conducción (animación de las semifinales y finalísima) y alojamiento. No faltaron voluntarios para paseos por la ciudad con los participantes del interior.

Desde lo Eclesial buscó insertarse en las prioridades que el Episcopado Argentino señalaba para la Pastoral de Conjunto, por eso diferentes movimientos eclesiales aceptaron sumarse con su presencia y el aporte de premios. Por ejemplo la Campaña Mundial contra el Hambre, Liga de Madres, FUNDAPAZ, "Justicia y Paz", Equipo de Apoyo al Obispado de Viedma, "Artesanías argentinas", etc. Y fue una respuesta institucional adecuada a la Prioridad Pastoral Juventud fijada por los Obispos por cinco años (80-85)... También, desde el comienzo, tuvo un fuerte sentido ecuménico y promovió valores humanos y religiosos a través de sus lemas y la orientación de sus premios: "La juventud canta al amor y construye la paz"... "Y construye la Civilización del Amor"... la Unidad... la familia... la solidaridad, etc.

Desde la apertura a las realidades humanas significó integrarse a expresiones artísticas donde exponentes de la cultura participaron como jóvenes entusiastas (Gustavo Ceratti gustaba recordarlo, en los tiempos de su conjunto de la parroquia San Roque) o como colaboradores en diferentes áreas. Tal fue el apoyo recibido por los entonces Secretarios de Cultura de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, Lic. Pacho O'Donnell y Félix Luna, facilitando salas (los teatros Presidente Alvear, de las Provincias Argentinas, Discépolo...), equipos de música y miembros del jurado.

Recuerdo cuando convocamos a los artesanos, en el Parque Centenario, de la Capital, a exponer sus obras bajo el lema "ARTESANOS POR LA PAZ", durante los años en que sufrimos la amenaza de un conflicto armado con la hermana República de Chile.

Pero el Festival también nos permitió ser un medio de llegada a nuestros artistas: les entregamos, como reconocimiento a su labor, el premio "MARÍA, MADRE DE LA MUSICA" a través de la estatuilla creada por nuestra artista plástica y dirigente quilmeña Inés Casella, representando a María en Clave de Sol. Hoy muchos cantautores poseen un ejemplar: Raúl Porchetto, León Gieco, Sergio Denis, Vox Dei, César Banana Pueyrredón, Eladia Blázquez recientemente fallecida, Patricia Sosa... Ellos fueron elegidos, al igual que el maestro Raúl Soldi, (en la XVIII edición), porque con la pintura, o con el canto, supieron transmitir valores evangélicos a través de sus obras....

El jurado siempre fue elegido con especial cuidado: contamos con el maestro Sebastián Piana, integrantes del Cuarteto Zupay y del Coro Polifónico Nacional, Ulises Petit de Murat, el P. Zezinho (de Brasil), Eduardo Madeo (ex Fronterizo), Emilio Breda, los actuales obispos Mons. Jorge Lozano, de la vicaría Devoto de la arquidiócesis, Mons. Marcelo Palentini, pastor de Jujuy, y Pbro. Néstor Gallego (ex participante). Fueron algunos de sus afamados miembros.

Los premios eran numerosos gracias el aporte de muchos, desde movimientos eclesiales hasta empresas de renombre (ALPARGATAS la Comisión Nacional de la Yerba Mate obsequió repetidamente el **mate de la amistad** la **medalla del Santo Padre**.)

Por su carácter fuertemente institucional, eclesial, cultural, popular, ecuménico y juvenil, el Festival creció por el país..... Recordamos con especial cariño los regionales de: arquidiócesis de Buenos Aires, San Justo, Lomas de Zamora, Quilmes, La Plata, Villa Dolores (Córdoba, el más antiguo de los regionales), Paraná, Concordia, Rosario, Santa Fe, San Rafael y arquidiócesis de Mendoza, Comodoro Rivadavia, Río Gallegos, Tucumán, Corrientes, Córdoba, San Juan, Jujuy, Salta, Santiago del Estero.

(Por Adriana Carozzo)

